

RECENSIONES

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES: *La descolonización. Un criterio hispánico*. Segunda edición. Colección Estudios Internacionales, Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1967. 815 páginas.

Cordero Torres, cuyo prestigio y autoridad en los temas internacionales trasciende las fronteras hispanas, brinda, en esta segunda edición de «La descolonización», corregida y notablemente aumentada, un estudio magistral de tema tan importante.

Tema fundamental, puesto que como el profesor Cordero Torres hace constar en el prólogo: «Entre los acontecimientos más importantes de nuestra época figura el que se conoce bajo el nombre de descolonización, vocablo que, como punto de partida conceptual, aceptamos sin perjuicio de las puntualizaciones que luego añadiremos. Tal importancia de la descolonización no es la opinión exclusiva de una persona que por haber consagrado cuarenta años al estudio de los problemas coloniales o ultramarinos, pudiera sufrir deformación. Es opinión generalizada; citemos dos testimonios significativos. El profesor Carl Schmitt, en una conferencia pronunciada el 21 de marzo de 1962 en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid, sostenía que los tres nuevos fenómenos que representan la problemática objetiva de la actual situación mundial son: el anticolonialismo, la conquista del espacio y el impulso industrial de las áreas subdesarrolladas. Pocos días después, y en su mensaje a la Asamblea General de las Naciones Unidas, el Secretario General de la Organización, U Thant, enumeraba como los tres más importantes problemas del panorama mundial, al desarme, a la descolonización y al desarrollo.»

Y siendo tan decisiva la categoría que la descolonización ocupa entre los problemas fundamentales del proteico mundo actual, resulta evidente la importancia que supone que una voz hispana, tan documentada como la de Cordero Torres, exponga su criterio respecto a la cuestión. «España—escribe—tiene bastante que decir y algo que hacer sobre el problema.» El ver claro es premisa indispensable para poder aportar luz a los problemas complejos. Y esta claridad de visión es la que aporta, inicialmente, el autor en su discurrir por las múltiples facetas que implica el fenómeno. Su consecuencia inmediata es la objetividad, la ausencia de perfiles apologéticos o acusatorios. Y la otra característica, que dimana de la objetividad, es el realismo constructivo, por lo que el estudio contiene más bien observaciones y reparos que elogios a la obra descolonizadora contemporánea. Ambas cualidades y el rigor del razonamiento que preside el desarrollo de la obra demuestran el talento analítico del autor. Es una tesis que se lee de principio a fin con absorbente interés.

El capítulo I, «Conceptos y equívocos», define los conceptos fundamentales que, por no haber sido esclarecidos con la necesaria precisión, han dado lugar a lamentables equívocos. En estas materias, la generalización no es posible. Es necesario que cada uno de los términos en presencia (colonización, descolonización, colonialidad, colonialismo, etc.) quede matizado de su contenido concreto y exclusivo. Cordero fundamenta, pues, su trabajo en un análisis crítico de los conceptos que intervienen. Cuando ha dado cima a esta labor puede ya establecer la clasificación, globalmente y en sus modalidades, de las políticas coloniales, que por ser muy diversas en forma y en sustancia llevan implícitas divergentes posibilidades. Resulta asombroso contemplar, tras la lectura del exhaustivo estudio de Cordero, la incalculable gama de contrastes, causas y móviles que interaccionan el fenómeno llamado, en términos simplistas, «colonización». De esto se deduce que la confusión imperante, en medios muy heterogéneos, es, en gran parte, simple consecuencia de la falta de estudios, como el que comentamos, que contemplen íntegramente el problema.

Tras el estudio de los principios generales, la obra dedica su capítulo segundo al análisis de los factores y elementos que intervienen en la descolonización. Señala los factores, positivos y negativos, que condicionan la trayectoria del proceso descolonizador, y cómo, en la práctica, se saltan etapas fundamentales. El gran acopio de opiniones, de las más diversas procedencias, que inserta en el texto sirve para comprobar el alcance y posibilidades de este proceso. Después de cotejar tan contrapuestos criterios se pronuncia porque «hay que corregir la idea negativa de que la descolonización emana, de inmediato o en breve, de la quiebra del poder colonizador, e incluso que se acelere destruyendo sus realizaciones» (p. 80).

El capítulo III trata de la descolonización de 1783 a 1945 y se subdivide en dos apartados que se refieren, respectivamente, a la descolonización en el Viejo Mundo y la de América. El capítulo IV entra en la descolonización contemporánea, período «decisivo para la descolonización...», que promete proseguir sin interrupción hasta liquidar la colonización occidental» por la acción de factores que menciona e investiga. El capítulo V informa sobre los «poderes descolonizadores»: la O. N. U. y el regionalismo descolonizador. Una escrutadora y detallada consideración de los hechos le impulsa a concluir que «en general, los empujes descolonizadores han sido sinceros y bien intencionados en los pueblos afroasiáticos; la falsificación empezaba con ciertos líderes y en ciertos conciliábulos y la consagración de los convencionalismos, inexactos, en algunas resoluciones onusianas y en la propaganda habitual de la mayoría de los medios "formativos" de la opinión del mundo».

El capítulo VI se refiere a la «transformación y liquidación de los imperios» y los VII y VIII se dedican a España—como «factor descolonizador en el siglo XIX» y «poder descolonizador en el siglo XX», respectivamente. Este último, singularmente interesante no sólo por la fecha reciente de los acontecimientos invocados (independencia del Marruecos jalifiano, provincialización de Ifni y Sahara, autonomía de Guinea Ecuatorial), sino por la forma clarividente de señalar sus consecuencias, ya cumplidas, como la extinción de la cultura española en Marruecos, o amenazantes, como en Guinea—, «el problema es impedir que se repita la absorción del Marruecos andaluz por el Marruecos afrancesado u orientalizado, que en este caso sería que Nigeria o Camerun devoraran a Fernando Poo, Camerun o Gabón a Río Muni, favorecidos por su mayor potencia, por las afinidades humanas (incluso de los *uitlanders* negros), por el adelanto cronológico en el autogobierno y por el general confusionismo anti-europeo». El capítulo IX se dedica a «Gibraltar: colonialismo y descolonización», cuya necesidad se basa en que «por lo general se sabe poco de él y lo que se sabe está falseado por los poderosos medios deformativos de la propaganda de los ocupantes colonialistas», y ahora, tras las 39 densas pá-

RECENSIONES

ginas de Cordero, que viene dedicando cuarenta años al estudio del problema, queda expuesto en toda su trascendental dimensión. Con el capítulo X, «Perspectivas de la descolonización», se cierra el volumen.

Más allá, inclusive, del campo cubierto por la investigación del autor, esta obra encuentra su justificación. Pues se trata de una admirable lección de método para afrontar los problemas internacionales. Magnífica, también, en la elección y utilización de las fuentes. Entre las citas de Cordero abundan las españolas (Yturriaga, Barcia Trelles, García Arias, etc.), lo que es testimonio elocuente del interés que este problema ha suscitado en nuestra Patria. Finalmente, 548 páginas de textos, cuidadosamente seleccionados—en un total de 54 que van desde la Bula Inter Coétera, investidura pontificia para la evangelización de América, hasta la declaración de la conferencia de países no alineados (El Cairo, 1964)—, constituyen las piezas, debidamente ensambladas, del entramado documental.

Esta obra, en virtud de las consideraciones expuestas, abre nuevas perspectivas a la reflexión sobre uno de los temas candentes de nuestro tiempo.

Julio COLA ALBERICH.

GORDON CONNELL-SMITH: *The Inter-American System*. Oxford University Press. Institute of International Affairs. Londres, 1966. 376 páginas.

Este libro, que estaba prácticamente terminado—lo dice su autor—para ser publicado en ocasión de celebrarse el 75 aniversario de los comienzos del llamado sistema interamericano y que experimentó una demora de alguna consideración, a causa de la intervención militar de los Estados Unidos en la República Dominicana, que vino a coincidir casi al día, por extraña coincidencia, con la fecha de ese aniversario, el 14 de abril de 1965, tiene algo más que un interés puramente histórico. Aunque fuese el interés histórico principalmente lo que había movido al autor, un catedrático inglés que ya en otras ocasiones había establecido contacto con el mundo americano, a valerse de las becas concedidas por la Fundación Rockefeller, norteamericana, y el Royal Institute of International Affairs, británico, para hacer las investigaciones, fundamentalmente en los Estados Unidos, que culminaron en la preparación y publicación de esta importante obra, «The Inter-American System».

Cualquiera que hubiese sido intención inicial—y no es de suponer que la Fundación Rockefeller concediese una beca para la investigación de un tema que pudiese resultar en una presentación adversa o por lo menos desfavorable de un aspecto importante (fundamental más bien) de la política norteamericana—, es evidente que la obra, una vez concluida, ha podido ser causa de reacciones especiales. Para empezar, en la propaganda de las tapas se advierte: «Esta historia del sistema interamericano ilustra cómo los Estados Unidos han fomentado el panamericanismo, principalmente para asegurar el apoyo latinoamericano para su propia política de limitar la influencia extra continental en el hemisferio occidental. Desde la segunda guerra mundial, las delicadas relaciones entre una potencia muy grande y sus débiles vecinos se ha hecho mucho más difícil...»

Y sin salir todavía del prólogo se tropieza con esta observación: «El sistema interamericano ha sido objeto de extravagantes afirmaciones. Un anterior director general de la Unión Pan Americana (el doctor Leo S. Rowe), lo describió como «un sistema de cooperación internacional sin paralelo en la historia universal». Un diplomático y hombre de letras mejicano (Alfonso Reyes),

ha escrito: «La cooperación es la aportación de América a los asuntos internacionales. En contraste con los sistemas de dominación universal y del balance del poder, se ha concebido y desarrollado en América el sistema de la cooperación que está basado en la acción común, la ayuda mutua y el mutuo respeto.» Un profesor de Gobierno de los Estados Unidos (J. L. Mecham) ha dicho que no sólo es «el más antiguo, mejor organizado y más eficaz de todos los arreglos regionales del mundo en existencia», sino que es «...un arreglo sin parangón en la historia de las relaciones entre una gran potencia y pequeños Estados». Summer Welles, uno de los americanos (del Norte) más distinguidos que han trabajado en el campo de las relaciones interamericanas, vio el sistema interamericano en 1942 como «la piedra angular de la estructura mundial del futuro». No resulta sorprendente, pues, que los discursos en las conferencias interamericanas y en tales ocasiones públicas como el Día Panamericano, abundan en presentaciones exageradas de sus realizaciones.

Hace muy poco todavía que el actual secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, describió las decisiones a que se llegó en la última conferencia de Presidentes americanos, celebrada en Punta del Este, como las más importantes que se hubiese tomado a lo largo de toda la historia independiente de los países hispanoamericanos. La tendencia a la exageración y la extravagancia persiste, evidentemente.

Entre una impresión tan poco estimulante, con la que se tropieza en los propios comienzos de «The Inter-American System» y el último capítulo, sobre realizaciones y perspectivas, está la historia de unas relaciones de tal naturaleza desiguales que está sobradamente justificada la conclusión a que bien se podría llegar de que este sistema jamás ha sido, ni es todavía, otra cosa que el instrumento de un aspecto fundamental de la política exterior de los Estados Unidos.

En todas las ocasiones, prácticamente, en que se ha movilizad para acometer una tarea en consonancia con sus principios y sus promesas, los resultados han sido desalentadores o completamente negativos. Uno de sus propósitos básicos, el mantenimiento de la paz en el hemisferio y el arreglo pacífico de las disputas interamericanas, desembocó en fracasos como el que supuso el recurso a la anterior Sociedad de Naciones en cada uno de los dos grandes conflictos—guerras—que se produjeron en Hispanoamérica en los años entre las dos grandes guerras, el del Chaco y el de Leticia.

En cuanto a la cooperación militar interamericana, «predominantemente sobre una base bilateral entre los Estados Unidos y países latinoamericanos tomados individualmente», la preocupación fundamental ha estado relacionada con «las medidas encaminadas a hacer frente a la subversión: la contra-insurgencia. Porque aparte de la crisis de los proyectiles de octubre de 1962, los Estados americanos han considerado que la mayor amenaza para la seguridad del hemisferio estaba en la subversión de las fuerzas del comunismo internacional, especialmente después de la alineación de Cuba con la Unión Soviética. De nuevo, la iniciativa principal en hacer frente al reto comunista, ha correspondido a los Estados Unidos, que han tenido que vencer una oposición considerable de algunos de los países más importantes de la América Latina antes de que la O. E. A. (Organización de Estados Americanos) adoptase medidas fuertes para aislar al Gobierno de Castro... En general, pues, el sistema interamericano se ha mantenido activo y de ninguna manera sin éxito en la ayuda para el mantenimiento de la paz en el hemisferio, aunque ha tenido pocos resultados en la resolución de las disputas entre Estados miembros».

En cuanto a otros aspectos, como el de la «solución de los problemas políticos, jurídicos y económicos que pudiesen surgir entre los Estados miembros, a través del sistema interamericano», los resultados han sido o menos satisfactorios o menos susceptibles de ser considerados como el resultado de su

intervención y participación». A menudo se ha tratado de problemas en los que los países latinoamericanos han tomado una posición y los Estados Unidos otra. Por esta razón, la consideración de los problemas políticos y económicos (aparte los distintamente comerciales) ha sido primeramente muy limitada, en lo fundamental a insistencia de los Estados Unidos. *La función de estas conferencias panamericanas*—han solido decir las instrucciones de los delegados de los Estados Unidos—*es tratar en todo lo posible de los temas que no ofrecen controversia y que son de interés general.*»

Y si bien un propósito del sistema interamericano es el fomento de la acción para el esfuerzo colaborador en el desarrollo económico, social y cultural de los Estados miembros, todo lo que en realidad se ha podido haber hecho en esta dirección es muy reciente. Y los recursos financieros de los «programas interamericanos formulados con este propósito (por ejemplo, el programa de cooperación técnica de la O. E. A.) han sido, es más, muy limitados. Hasta el Acta de Bogotá y la Alianza para el Progreso no se pudo contar con fondos mucho mayores a disposición de los planes de largo alcance para el desarrollo económico, social y cultural. Es todavía muy pronto para apreciar los resultados de estos planes, si bien la desilusión con las realizaciones de la Alianza para el Progreso ha sido ya advertida y ésta ha sido criticada como un instrumento de la política de los Estados Unidos más bien que el esfuerzo de una cooperación genuina. Con todo, el sistema interamericano se ha mostrado muy preocupado con el desarrollo económico, social y cultural de los Estados miembros en los últimos cinco años, aun cuando sus resultados hayan sido hasta ahora modestos en comparación con el volumen de la tarea».

Una de las cualidades de que se ha querido rodear al sistema interamericano es la de ser una asociación de Estados independientes, con igualdad de derechos y deberes y animados, por lo menos, por un espíritu democrático. Pero, advierte el profesor Connell-Smith, este sistema «a duras penas podría ser descrito incluso por el más ardoroso de sus defensores como una asociación de Estados democráticos».

Y tanto, por lo menos, como lo que se pudiera decir sobre esto—mucho más, sin duda—, se podría decir sobre la no intervención, que se ha considerado con frecuencia como la clave misma de todo el sistema interamericano. Claro que se empieza por tropezar con cierta dificultad apenas se intenta definir el concepto de no intervención. En cuanto a esto, dice el autor de este libro, cuyo interés histórico se ve fuertemente realizado por la actualidad palpitante del tema general de las relaciones interamericanas y las consecuencias que de ello resultan para las partes interesadas, dos nada más, en realidad, con los Estados Unidos a un lado y el resto de los Estados miembros de la O. E. A. (que ha subido algo recientemente con la admisión de un nuevo, Trinidad-Tobago), que «la no intervención es imposible de definir o de practicar en un sentido absoluto por el Estado más poderoso del hemisferio... La intervención es inherente en el poder de los Estados Unidos. Cualquiera que sea la política que sigan los Estados Unidos en la América Latina, será intervención de alguna forma; la cuestión está en cómo los objetivos para cuyo alcance busca esta potencia influenciar a sus vecinos más débiles son considerados por estos últimos. La Bahía de Cochinos fue una clase de intervención: la Alianza para el Progreso, otra».

Todo se resume, en fin de cuentas, en volver al punto de partida, puesto que «históricamente, el sistema interamericano ha sido fomentado por los Estados Unidos con objeto de asegurar la aceptación latinoamericana de su propia política nacional de restringir la influencia extracontinental en el hemisferio occidental. La limitación de esa influencia aseguraría a los Estados Unidos la hegemonía en el Continente americano, que sus dirigentes han considerado largamente que les pertenece por derecho propio. La Doctrina de Monroe dejó

RECENSIONES

sentada una reclamación en 1823; para fines del siglo XIX los Estados Unidos se encontraban en condiciones de hacerla valer. El lanzamiento del movimiento panamericano en los años 80 fue una faceta de su emergencia como potencia mundial».

Acaso la mejor manera de resumir muy brevemente una historia de casi 400 páginas sería reproducir unas cuantas líneas de un largo párrafo de «The Inter-American System». Dicen:

«Desde que dio comienzo al movimiento panamericano, los Estados Unidos ha tratado de introducir el cambio en los países de la América Latina: hacerlos más estables; estimularlos para la elección de «hombres buenos»; persuadirlos para que adoptasen una actitud más favorable hacia la empresa privada, capitalista y la democracia representativa; en resumen, rehacerlos a su propia imagen y semejanza. Pero (los Estados Unidos) han estado opuestos a todo cambio en la América Latina que supusiese desafío para sus propios valores y amenaza para sus intereses. En general, los Estados Unidos han sido muy conservadores en su política latinoamericana, en favor del «*statu quo*» y en oposición al cambio revolucionario.»

JAIME MENENDEZ

PETER WORSLEY: *El Tercer Mundo.—Una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales.* Siglo veintiuno, editores S. A. México, 1966. 270 páginas.

El conjunto de países y territorios que se han llegado a designar globalmente con la denominación de «Tercer Mundo», constituye ahora el sector internacional más móvil y más nombrado; pero, al mismo tiempo, sigue siendo el más confusamente definido. Es indudable que en el uso corriente el «Tercer Mundo» tiene diferentes significados para los diferentes públicos, puesto que a veces se le comprende como el conjunto de los Estados y los pueblos ex colonizados; a veces como el de los países subdesarrollados; otras veces son definidos en vista de sus actitudes neutralistas ante las grandes potencias; e, incluso, ha habido ocasiones en que se le ha presentado como «un mundo de pueblos de color». Todas estas definiciones presentan el inconveniente de que toman a las naciones y a las gentes del referido «Tercer Mundo» como si fuesen algo aparte, considerando que su irrupción en la política mundial y su acceso a la O. N. U. han sido fenómenos producidos por los efectos de la guerra de 1939-1944, y luego acelerados por los procesos de descolonización.

Sin embargo, cada vez destaca con una evidencia más friamente objetiva la realidad de que los países ex coloniales de Asia, Africa tropical, el Próximo Oriente, etc. (lo mismo que en cierto modo los de Hispanoamérica), no han irrumpido por casualidad en el sector cosmopolita que desde el siglo XVIII parecía exclusivo de las potencias europeas y europeizadas. Sino que en realidad los crecimientos y apogeos de dichas potencias tenían al «Tercer Mundo» como protagonista, aunque sus pueblos no se hubiesen dado aún cuenta de ello.

Un libro aparecido el 1966 en Londres con el título «The Third World», y publicado en versión española, en México, el 1966, ha venido muy oportunamente a fijar los conceptos dudosos y precisar el alcance de toda la evolución política internacional moderna con el «Tercer Mundo» como base, eje o leitmotiv. Es la obra de Peter Worsley, economista y antropólogo social, así como profesor de Sociología en las Universidades de Hull y Manchester. Una de sus tesis fundamentales es la de que el mundo empieza en el siglo XX, si le considera como una unidad total de problemas y posibilidades internacionales comunes. Por primera vez, una pauta coherente se esparce por toda la

RECENSIONES

Tierra, en la medida que los tiempos coloniales han difundido su civilización industrial y sus formas de vida, entre las sociedades antes más tradicionales del Oriente, de Africa y América meridional. Los países empujados al modernismo no sólo están unidos por la necesidad de impulsos hacia unos desarrollos totales planificados, sino por su absoluta oposición a toda nueva forma de dependencias.

Entre los puntos fundamentales del análisis, el primero se refiere a que hasta nuestros días la sociedad humana jamás había existido como un conjunto. Desde luego, hubo sociedades, civilizaciones e imperios que se extendieron por grandes regiones e influyeron en millones de personas; pero aquellas civilizaciones regionales siempre establecían sus límites en alguna parte. Sus fronteras tendían a abrigarse detrás de barreras bien vigiladas, y no estaban interesados en lo que pudiese haber detrás.

El momento esencial que inició los cambios y comenzó a apuntar hacia el universalismo fue el de la conquista de México azteca por Hernán Cortés y sus compañeros, aquella conquista claramente narrada por Bernal Díaz del Castillo. Dice Peter Worsley: «Fueron Bernal Díaz y sus camaradas quienes establecieron una relación de superioridad e inferioridad, que iba a sostener al hombre blanco en su deseo de conquista mundial última y le iba a llevar a la creación del mundo como un solo sistema social.» El medio empleado, el factor de novedad, fue, sobre todo, la aplicación de un equipo superior. Aunque el triunfo no se debiese sólo a las armas de fuego, las corazas y los caballos, sino a la sistematización. «Fueron también su organización, su disciplina y su confianza las que les dieron ventajas, creando un espíritu que igualaba a su equipo de batalla.»

El sistema que comenzó con Cortés y se confirmó con Pizarro fue el germen de una planificación a escala después creciente, dos siglos después, cuando la victoria de Clive en Plassey dio a Gran Bretaña las llaves del subcontinente indio. Aquella victoria también se debió a las superioridades técnicas del entrenamiento y el ejercicio militar, y fue el mayor factor que en Europa impulsó el triunfo de la revolución industrial, a la vez que lanzaba a la sociedad india por los caminos de la modernización. Después, la expansión británica ultramarina fomentó el empeño colonial de las otras potencias europeas de aquel tiempo. La prosperidad de Manchester, Liverpool y Bristol reguló la llamada «división del trabajo internacional»; es decir, esclavos de Africa hacia América; comestibles de América a Europa; bienes manufacturados de Europa y América a Asia.

De hecho, la sociedad humana solo vino a existir subjetivamente cuando los hombres adquirieron el conocimiento de que formaban parte de un solo mundo social, a través del compadrazgo del imperialismo europeo. Hasta que las civilizaciones previamente separadas fueron incorporadas a un orden mundial construido sobre los duros hechos del comercio y del poder, el descubrimiento del hombre por el hombre se consideraba sólo como cosa de cuentos o viajes de Simbad.

Un período posterior de confusión tanto como de adaptación, fue aquel en que para las potencias de Europa el significado de la parte no europea era dictado, sobre todo, por la propia situación de Europa. Las civilizaciones descubiertas no se consideraban como «hechos» externos dotados de valores propios, sino como respuestas a los problemas intelectuales emocionales y de expansión del poder de Europa.

Peter Worsley llama la atención sobre la fase que en 1885 llegó a la división triunfante del mundo entero entre un puñado de potencias europeas o de origen europeo. No fue simplemente una repetición de viejos modelos de imperialismo por la dominación en sí misma, sino que respondía a las presiones

económicas y financieras de la propia Europa. Por eso dio como resultado la unificación del Globo en una sola situación internacional.

Fue una nueva Era iniciada en el año del Congreso de Berlín y la partición de Africa. En comparación con ella, la fecha del 1914 no significó nada, pues sólo inició «una guerra civil europea». Así, aunque en cierta medida los pueblos colonizados se sintieron impresionados por los catorce puntos de Wilson, de todos modos mostraron poco entusiasmo por los problemas de dicha guerra.

Desde entonces hasta 1939 los socialrevolucionarios de los sectores afroasiáticos no sólo pensaron en recobrar el poder por medio del acceso a las técnicas coloniales en que se veían forzosamente encuadrados, sino también la tierra y el pan, la autodeterminación nacional y la destrucción del imperialismo. No les preocupaban las consecuencias europeas de la primera guerra mundial, puesto que en los países colonizados las penas de las masas no eran el resultado anormal de una guerra devastadora, sino la condición crónica de una vida diaria que estaba determinada por la subyugación nacional. Peter Worsley insiste en que la revolución colonial del siglo xx no ha sido sobre los votos o las constituciones sino sobre el derecho a vivir, y dice que si no han luchado por el afán de tener urnas electorales, tampoco lo han hecho sólo por el pan. «Han afirmado su determinación de no ser sujetos sino objetos de respeto... y de expresar sus propias personalidades según la manera de su propia herencia cultural.» Pero utilizando las mismas técnicas de Europa.

Con o sin razón, la «venida del hombre blanco» ha significado que la parte no europea del mundo ya no puede esperar recrear su pasado en formas aisladas. Pero tampoco su futuro puede basarse en la reproducción de Europa, y han de volver a pensar lo europeo, pero con las trayectorias de sus propios cerebros negros, malayos, hindúes, etc.

La transformación del mundo subdesarrollado significa también cambios en el mundo «sobredesarrollado». Se trata de que los países avanzados han de contribuir al adelanto del mundo no desarrollado con algo más del 28 que aportan varias de las mayores potencias. Pero aumentar los niveles de vida del Tercer Mundo en ese simple 2 por 100 al año, ya requiere treinta o cuarenta y cinco millones de dólares al año. Hoy el volumen total de la ayuda internacional es en unos seis mil millones. Esto no basta si se quiere contener la creciente paralización del mundo en sociedades opuestas y empobrecidas. El hecho de que muchas naciones ex coloniales se hayan incorporado a la vida internacional en condiciones precarias, amenaza dar al traste con el ritmo normal de la evolución mundial que se inició cuando Hispanoamérica comenzaba a nacer.

Poniendo como un ejemplo de la necesaria planificación universal el de Africa negra, Peter Worsley dice que no puede realizarse ningún desarrollo serio mientras dicha Africa continúe perdiendo todo lo que recibe de la ayuda exterior a consecuencia de la caída de los precios mundiales de las materias primas. A la vez, en lo político, los residuos de la anterior división en compartimentos coloniales de territorios desmembrados, pueden ser reemplazados por sistemas de vínculos comunes a través de las fronteras territoriales (con o sin orientación de la O. N. U.); pues hoy es todavía necesario para los contactos telefónicos pasar por las conexiones con Londres o París si se quiere hablar desde Nigeria al contiguo Dahomey.

Como final y resumen, se considera evidente que si no tiene lugar esa descolonización positiva de fundir las ayudas, el Tercer Mundo podría decidirse al «despegue» total por medio de una disciplina centralizada y dura, con nuevas guerras y revoluciones. Así desaparecerían sus características filosóficas «centradas en el hombre», las cuales quedarían sólo como ideologías de transición. La solución sólo está en no tratar los problemas del Tercer Mundo

RECENSIONES

como temas exóticos, sino como el estímulo para que toda la sociedad humana actúe en una puesta en acción.

Hasta aquí el esencial punto de enfoque o de partida en el libro de Peter Worsley y sus teorías precisadas a lo largo de diversos capítulos consagrados a los nacionalismos de élites y masas en el Tercer Mundo; sus relaciones con el comunismo y la socialdemocracia; sus ideologías del populismo y la revolución campesina, etc. Pero junto al repertorio de cuestiones y la visión personal, figura también un anexo bibliográfico muy cuidado y completo.

ROQUELFO GIL BENUMEYA.

ALFRED DOMES (Ed.): *Westintegration und Osteuropa*. Verlag Wissenschaft und Politik. Köln, 1965. 240 páginas.

La unidad europea no puede limitarse al marco del Mercado Común, sino que ha de extenderse a todos los pueblos del viejo continente. El problema central consiste en la división de Alemania, ya que su reunificación podría abrir a los pueblos del Este europeo nuevas esperanzas. Lo más importante es, a la hora presente, neutralizar y luego superar las artificiales contradicciones creadas por el comunismo—en flagrante oposición a su propaganda, aunque hay que entender la unidad europea en términos comunistas como un conglomerado de Estados y pueblos dirigido y manejado según los propósitos del materialismo dialéctico por—si es posible—el Comité Central del P. C. U. S.—Según los soviets, de esta premisa depende la paz de Europa, su seguridad y, al fin y al cabo, su existencia. No ha de extrañar esta actitud de los dirigentes ruso-soviéticos, porque la amenaza constituye una de las fuerzas más persuasivas para la razón de ser del régimen comunista o socialista en la Unión Soviética y los países del Pacto de Varsovia y del C. O. M. E. C. O. N.

La dificultad estriba en buscar y encontrar formas de acercarse el Occidente a los pueblos europeo-orientales, sin embargo una de ellas bien podría ser—a título de ejemplo—la integración no solamente de la Europa occidental, sino del mundo occidental como tal, ya que el proceso de integración no puede limitarse hoy día a un determinado sector geográfico. En lo relativo a dichos pueblos, es preciso tener en cuenta la voz de la emigración, que es el único factor capacitado para expresar libremente los sentimientos de sus respectivos pueblos sojuzgados por el comunismo. El problema es agudo, pero no habrá soluciones ni mañana ni pasado mañana, sino que el enfoque del mismo ha de ser encauzado a largo plazo, lo cual puede significar que sea obra de varias generaciones el encontrar un camino justo de unidad europea en libertad y colaboración. Además, hay que contar con la ayuda de los Estados Unidos, quiérase o no, ya que es la única potencia mundial capaz de devolver a los pueblos oprimidos los servicios y valores que éstos les habían prestado a través de sus movimientos migratorios. Norteamérica es la segunda Europa, ya que sólo la población india puede ser considerada como oriunda del Nuevo continente.

En marzo de 1962 tuvo lugar en Chicago una conferencia en que participaron científicos, politólogos y personalidades políticas americanas y europeas con el fin de discutir sobre los problemas relacionados con Berlín y el futuro del Este europeo. Prevalció la convicción de que los pueblos de Europa pueden existir—en el próximo y lejano futuro—sólo si renuncian a sus respectivas posturas de hostilidad recíproca y se dan cuenta de que es preferible vivir colaborando y cooperando que encerrarse dentro del *sacro egoísmo*. Se trata de

vivir en paz conforme a las exigencias históricas y culturales frente al resto del mundo.

Preocupa en ciertos sectores occidentales la existencia del hombre en los países del bloque ruso-soviético; sin embargo, y hasta ahora, esta preocupación no tomaría una forma concreta, ya que todo suele reducirse a sofismas que, claro está, no interesan a los pueblos tras el telón de acero. Por tanto, es necesario profundizar los sentimientos de solidaridad internacional y concretamente europea en virtud de los valores tradicionales y no revolucionario-comunistas. El enemigo no se rinde con facilidad, aunque tenga que adoptar ciertas medidas de «liberalización y humanización» de las formas de gobierno. Provocaciones y amenazas, tergiversaciones y promesas, coexistencia e intercambios restringidos de bienes materiales y humanos no contribuyen a la distensión intereuropea sólo por que los soviets hablan y obran a favor de una seguridad de los pueblos de Europa albergando, así, las esperanzas de controlar lo antes posible a todos los pueblos del Viejo Continente.

Colaboran en la presente obra, que versa sobre la integración occidental y el problema del Este europeo, varios autores de reconocida fama científica. En total, son cuatro los grandes problemas abordados: 1.—*Integración occidental y el Este europeo*. Philip E. Mosey estudia la complicada cuestión de lo que es la nueva Europa occidental en relación con la estrategia mundial de la democracia. 2.—*Problemas económicos de la unificación europea*. Alfred Mozer analiza la naturaleza y las perspectivas del Mercado Común, Charles E. Carrington los problemas que se plantean a la *Commonwealth* británica en relación con la integración europea; Karl Theodor Freiherr von und zu Guttenberg emprende la difícil tarea de indagar las posibilidades y necesidades de una nueva política para la N. A. T. O., y, finalmente, Wenzel Jaksch, recientemente perecido en un accidente automovilístico, diputado del *Bundestag* por el SPD, de origen sudeto-alemán, presta atención nada menos que a la confrontación del neoimperialismo y condiciones de *partner* en el mundo del telón de acero. 3.—*Problemas políticos y militares de la unificación europea*. El aspecto político-exterior de la Rusia soviética es abordado por Boris Meissner en su parte ideológica y de poder político; Stefan T. Possony se dedica a indagar el «ethos» de la dependencia recíproca; el escritor militar francés de origen checo Ferdinand O. Miksche se refiere al delicado problema de Francia y la defeca del Occidente. Frank L. Howley, por su parte, examina la situación de Berlín en relación con lo que es la causa del Occidente. 4.—*Perspectivas de la colaboración europeo-americana en condiciones de igualdad, reciprocidad y respeto mutuo*. Tres son los estudios que interesan desde el punto de vista de la actual situación político-internacional: Louis-Henri Parias no olvida la importancia que en la unidad europea tiene—y puede tener—la reconciliación franco-alemana, a pesar de ciertas dificultades que subyacen en el fondo de la cuestión; Fritz T. Epstein estudia el interesante tema de cómo viene experimentando en América la idea de una Europa unida; y, por fin, Eugene Davidson evoca los imperativos de nuestro tiempo...

Entre las perspectivas de la cuestión planteada constaría, en primer lugar, y según Gotthold Rhode, el papel de la vida cultural en Europa, papel que no suele tenerse en cuenta por estar demasiado preocupado el hombre por los problemas económicos, diplomáticos y defensivo-militares. Hay que insistir en la herencia común de todos los pueblos del Continente en el terreno de la cultura. Esta perspectiva es real, ya que existen toda clase de pruebas que los pueblos del Este europeo siguen conservando las tradiciones culturales europeas. Incluyendo las tradiciones religiosas. Las actuales creaciones literarias y artísticas que un «turista occidental descubre», de repente, en los países del bloque ruso-soviético como resultado de la existencia del régimen comunista, no son sino obra de la común herencia cultural de los pueblos de Europa... (podrían

RECENSIONES

mencionarse, por ejemplo, las ya famosas óperas del eslovaco Cikker, conocidas en todos los países del Este y del Centro de Europa por éste y por otro lado del telón de acero, especialmente en las dos Alemanias y Austria). Esta clase de creencias traídas por tales turistas al mundo occidental no responden a la realidad. Son obras, hay que repetirlo, de la herencia común europea.

El segundo problema consiste en la desconfianza que actualmente impera en las relaciones entre los pueblos europeos. Se trata de un campo muy amplio en que quedan muchas cosas por hacer a favor de la auténtica Europa. En esta relación es preciso obrar a favor de una confianza en el pueblo alemán, desacreditado primero por los nazis; luego por los comunistas, y estos últimos no cesan en continuar con sus difamaciones a expensas de la unidad de todos los pueblos del Continente. Aparte de eso, no se ha resuelto la cuestión de nacionalidades y grupos étnicos, problema propio al sector central y oriental de Europa. Ha de ser garantizado el derecho de minorías nacionales y, por tanto, de autodeterminación. Por supuesto, una cosa es solucionar problemas de nacionalidades o incluso de naciones, dentro de un edificio estatal artificial, y otra consiste en fomentar o combatir al nacionalismo. Fácilmente se confunde el derecho de autodeterminación con la exaltación nacionalista. Tales problemas existen en Bélgica, Finlandia, Dinamarca, Checoslovaquia, Polonia, la Unión Soviética, Italia, Yugoslavia, Hungría, Canadá, Rumania y en los propios Estados Unidos. El caso de los belgas flamencos y valones prueba que, a pesar de diferentes manifestaciones o marchas de protesta, esta clase de cuestiones pueden solucionarse por vía pacífica.

Merece todo reconocimiento el esfuerzo del editor Alfred Domes, ya que la obra reúne las condiciones necesarias para un nuevo replanteamiento de la reorganización estructural de la vida europea e internacional. Constituye un paso positivo en los esfuerzos de proseguir el camino trazado para el bien común de Europa y del mundo.

Stefan GLEJDURA

ANICET KASHAMURA: *De Lumumba aux colonels*. París, Buche/Chastel, 1966, 270 páginas.

Anicet Kashamura, ministro de Información del Gobierno Lumumba, nos proporciona en esta obra antecedentes que arrojan luz esclarecedora sobre muchos de los sucesos ocurridos en el Congo ex belga al proclamarse la independencia. Kashamura brinda un relato escueto de sucesos, actos o decisiones a los que estuvo ligado de forma personal, referidos al período que media entre el 28 de octubre de 1959 y enero de 1961. Se trata, en cierta forma, de fragmentos de unas posibles Memorias y no de una obra de carácter doctrinal de que otros estadistas africanos (Kwame Nkrumah, Mamadu Dia, Sithole, etc.) se han ocupado con varia fortuna.

Pero el interés, muy crecido, de «Lumumba aux colonels» se centra precisamente en que—a través de los fragmentos de conversaciones, de las reacciones de sus protagonistas—pueden calibrarse las auténticas cualidades humanas de aquellos estadistas improvisados que se hicieron cargo, de forma poco menos que inesperada, de los destinos del gran país centroafricano. Muchos de los sucesos entonces ocurridos, que pudieron parecer enigmáticos a quienes seguían atentamente los acontecimientos congolese, quedan suficientemente explicados cuando se conocen las íntimas psicologías de los personajes que en ellos intervinieron.

La colonización belga había sabido impulsar, con notable éxito, el auge económico del inmenso país, aunque con su política de paternalismo no había creado la necesaria élite de hombres preparados para hacerse cargo de la Administración en el momento en que se produjese la independencia. Más tarde se ha comprobado, a la vista de lo ocurrido en los restantes países del África subsahariana, que esto no podía influir de forma decisiva, puesto que otros Estados que contaban con tales minorías entrenadas en el mando han sufrido, con desigual gravedad, insurrecciones, golpes de Estado y otras manifestaciones que denuncian la falta de madurez política. De todas formas, en el Congo no existían dirigentes entrenados; sólo una docena de africanos poseían estudios a nivel universitario, y lo que es más grave, una mayoría de quienes, en virtud de las circunstancias, ocuparon puestos en el escalón nacional, ni siquiera habían salido hasta entonces de su comarca nativa, desconociendo la nación que iban a administrar. Este es el caso del propio Kashamura, que marchó al Congreso de Stanleyville (octubre 1959), donde conoció a Lumumba, haciendo su primer viaje a través del Congo: «Por primera vez tenía ocasión de ver otra ciudad congoleña que nuestra «Ginebra» africana, la ciudad de Bukavu» (página 11). Esto, de por sí, es grave.

Al propio tiempo, estos ciudadanos, que de forma tan súbita se encontraban convertidos en personajes de talla nacional, sufrieron un trauma psíquico motivado por tan vertiginoso ascenso, y de ello se motivaron asombrosas reacciones. Así, la primera tragedia provocada por la descolonización consistió en la inmediata disolución de la mayoría de los hogares de los dirigentes: «La independencia va a introducir cambios en el seno de los hogares congoleños. Un hombre, transformado en ministro por azar, sentirá la tentación de casarse con una esposa instruida, más europeizada, que pueda resultar representativa en las ceremonias diplomáticas... ¿Por qué en África, cuando se llega a ministro, diplomático o parlamentario, es preciso cambiar de esposa?» (pág. 7). Aquellos seres, que hasta entonces habían llevado modestas existencias, volcadas en ocupaciones manuales o burocráticas, veían abrirse de golpe un horizonte de infinitas posibilidades y se sentían invadidos por emociones insuperables, y a su ambición sacrificaban sus más íntimos afectos.

Y entonces, entre los que habían alcanzado los puestos más elevados, surgen pruebas de una egolatría llevada a los extremos más acusados. Las multitudes, frenéticas, enfervorizadas ante lo que creían preludio de una era de inauditas felicidades, contribuían a la embriaguez de gloria de sus dirigentes: «Lumumba tiene por misión convertir. Es nuestro Cristo», «Mwokozi» (liberador), «Masiya» (Mesías), «Lumumba no se equivoca jamás», «Lumumba no morirá nunca», etc. Toda una sinfonía de gritos de entusiasmo, canciones alusivas («Mabili ya botembe»), jalonaban los desplazamientos de los hombres que iban a operar el milagro de transformar a unos millones de hombres humildes en seres infinitamente ricos y poderosos.

La certeza de la próxima independencia, la señal de que el botín estaba a punto de ser repartido, desencadenó la mutua hostilidad de los dirigentes. Todos aspiraban al mando supremo y sus maniobras tendían a desembarazarlos de los que se presentaban como rivales más peligrosos. En realidad, en el Congo, cada uno de los múltiples partidos políticos que habían florecido como por ensalmo era el cortejo de los secuaces de un jefe que, al creerse con suficiente prestigio, había formado un «partido» con los miembros de la tribu a que pertenecía. Cada jefe, y por ello cada tribu, aspiraba a superar y mandar a las restantes. De tal forma, la lucha política era, ante todo, una lucha tribal. De esto se encuentran abundantes pruebas en el libro que comentamos. «La designación de Lumumba ha causado una reacción de origen principalmente tribal. Para los ciudadanos del Congo oriental (Kivu, Katanga, Stanleyville y Kasai) es una victoria y para los del Bajo Congo es una derrota. Ocu-

rre lo mismo para los del Ecuador (Bangala), que ven en ello una cierta humillación» (pág. 45). «Los Baluba y los Bakongo, a los que Lumumba había ofrecido una cartera, la rehusaron cuando supieron que un miembro de la tribu opuesta formaba parte del equipo. Testigo de estos acontecimientos puedo afirmar no haber visto entre nosotros, congolese, otros problemas de división que la tribu, el clan, la familia» (pág. 50). Los dirigentes lanzan las más atrevidas peticiones personales invocando, siempre, el interés de la tribu que representaban: «Albert Nyembo estima que su partido ha salido perjudicado en la repartición de carteras ministeriales y por ello el Conakat votará contra el Gobierno. Mopipi exige que la región de Maniema esté representada en el Gobierno y de lo contrario votará en contra. Kalondji dice no comprender que en la región de Kasai los intereses de su partido sean tratados con una des-entovtura imperdonable y se forme un Gobierno anti-baluba, anti-bashokwe, y acaba diciendo: "Daré orden a todas estas tribus para que rehusen servir a un Gobierno antidemocrático. Formaremos una provincia soberana con sede en Bakwanga"» (pág. 64).

Todo el Congo es un hervor de ambiciones y de odios, personales y tribales. «Jason Sendwe llega a casa de Lumumba gruñendo: «Ha visto usted lo que acaba de hacer Tshombe... Es el momento de elegir. El pueblo Luba no se dejará manejar. Habrá matanzas en Katanga. La sangre va a correr"» (página 46). Inmediatamente acude también Muhunga, de la tribu Tshokwe, opuesta a los lunda de Tshombe. En términos imperativos dice a Lumumba: «Usted debe enviar inmediatamente soldados a Katanga para detener al traidor Tshombe y a sus lacayos. Si usted no lo hace, el pueblo Tshokwe le considerará cómplice de Tshombe» (pág. 46). Prosigue la discusión y Sendwe agrega: «Señor Lumumba, comprobamos que es usted incapaz de dominar la situación. Los baluba le retiran a usted su confianza.»... Siguen las exigencias de unos y otros y Kaskamura, harto de estas rencillas tribales, exclama: «Francamente tardaremos aún mucho tiempo en tener un verdadero espíritu nacional» (pág. 48). Esto es lo que todo el mundo sabía: que el Congo distaba de ser una auténtica nación; pero esta confesión de uno de los gestores de la precipitada independencia tiene un gran valor.

Las diferencias personales acabaron por crear tales escisiones en el país que dieron origen a una sangrienta lucha que duró seis años y costó millones de muertos. Basta considerar que la Conferencia de la Mesa Redonda (Bruselas, enero 1960) elegía un Colegio «de los congolese más representativos» para que preparase la independencia. Lo integraban Kasavubu, Bolya, Kalondji, Lumumba, Kashamura y Mwamba. A los seis años de ese acontecimiento ninguno de ellos ostentaba función alguna de mando, habiendo desaparecido de la escena política por el asesinato o por el ostracismo. Todos ellos se devoraron, en sentido figurado, entre sí, de forma análoga a como Ileo pronosticaba en sentido literal: «Joseph Ileo replicó en tono amargo: "Ustedes, las gentes de Kivu, no conocen a los Mongo. Nosotros no dudamos en matar y comer en seguida al enemigo. Vaya usted a decir al señor Lumumba que si no se esfuma inmediatamente el pueblo Mongo lo devorará"» (pág. 19) Adula declina el Ministerio que le ofrecía Kasavubu y le dice a Kashamura: «Después de Leopoldo II, Lumumba y Kasavubu nos han encerdado el Congo. ¡Ah, camarada, si usted supiera cuán ambiciosos son! No tienen programa. Yo no puedo compartir el Poder con gentes que no pueden ser más que el instrumento de la opresión nacional. Adula ha lanzado su candidatura desde ese día y todo lo que hará será luchar contra todo hombre que se halle en el Poder, para reemplazarlo. De todos los oponentes a Lumumba, Adula será, sin duda, el más inteligente y el más resuelto» (pág. 57).

Y con el fin de servir a sus ambiciones proyectaron diversos repartos del Congo para hallarse en situación de preeminencia. Kasavubu lanzó la idea de

RECENSIONES

separar el Bajo Congo para fusionarlo con el Congo francés, creando un Estado. «Los congolese del Este manifiestan sentimientos favorables a la idea de una Federación, de un Estado Swahili, que englobase Zanzíbar, Kenya, Tanganyka, Uganda, el Este del Congo, Ruanda, Burundi, Mozambique y las Rhodesias. La República Swahili es una fórmula que Lumumba suscribió, aunque era defensor apasionado de la unidad congolese» (pág. 45). Todos los dirigentes tenían proyectos secesionistas, pero cuando Tshombe trató de efectuarlo en Katanga los otros se coaligaron en contra suya en nombre de la «unidad congolese».

Este libro alucinante arroja luz auténtica sobre la tragedia congolese. Su lectura debe inducir a meditación, porque en sus páginas se contienen antecedentes suficientes para explicar las convulsiones que padece el Continente.

C. DE BENIPARRELL